

# Narciso negro

## *Introducción*

*Narciso Negro* (*Black Narcissus*) fue escrita y dirigida en 1947 por Michael Powell y Emeric Pressburger, que se basaron en la novela del mismo título de la escritora Rumer Godden. Todas las críticas coinciden en que se trata de un film con enorme poder visual. Tanto Powell como Pressburger mostraron en todos sus trabajos un interés especial por la fotografía. Y *Narciso Negro* no fue una excepción, pese a haber sido rodada casi enteramente, con apenas unas pocas escenas en exteriores, en los estudios ingleses de Pinewood. De hecho, es una cinta que destaca especialmente por el extraordinario tratamiento de los colores, por la sobresaliente calidad de sus decorados y pinturas monumentales y por su fotografía, de la que fue responsable Jack Cardiff, quien logró unos colores capaces de expresar las pasiones humanas y de cambiar según los personajes y el desarrollo de la historia. Cardiff ganó con *Narciso Negro* su único Oscar y la película también fue premiada con el Oscar a la Mejor Dirección Artística.

El argumento, como se verá más adelante, es sencillo, pero la historia que narran dista mucho de ser simple. Para algunos, la premisa de la que se parte, cinco monjas en un lugar inhóspito en el que no son unánimemente bien recibidas, es solo un pretexto para que los creadores del film desarrollen uno de sus temas preferidos: la lucha del hombre contra la naturaleza, y la influencia de esta en el comportamiento humano.

Que los personajes afectados por esta influencia sean un pequeño grupo de monjas y que asomen temas como el deseo sexual era, en 1947, algo provocador, aunque Powell y Pressburger “despistaron” la censura con una magnífica puesta en escena, que sugiere mucho más que muestra. Además, para salvar las dificultades de una historia así, los directores idearon una Orden cuyos miembros renovaban sus votos anualmente. A pesar de todo, la película tuvo problemas en Estados Unidos con la Liga Católica, y la hermana Clodagh, en la versión americana del film, no tenía pasado. En España, asimismo, la película se estrenó con cortes.

## *El argumento*

La historia se sitúa en el Himalaya, en un lugar llamado Mopu, al que han acudido cinco hermanas de la Orden de las Siervas de María, respondiendo a la invitación, por carta, de un general de la Armada británica de origen indio. El Viejo General desea que las religiosas abran y atiendan una escuela y una clínica y pone a su disposición un palacio que, en el pasado, albergó a las muchas esposas de su padre, es decir, un gineceo. No es la primera vez que el edificio acoge a una comunidad religiosa. Unos años antes, unos frailes intentaron instalarse allí, aunque sin éxito, y cerraron escuela y dispensario tan solo cinco meses después de llegar. En su carta de invitación, el general expresa su temor a que los votos anuales, no perpetuos, que ligan a las religiosas de las Siervas de María con la Orden les resten constancia y las monjas abandonen el proyecto. Sin embargo, ellas creen que su servicio voluntario es una de las mayores glorias de la Orden y su mayor fortaleza.

El palacio se ubica en un lugar muy lejano, en plena cordillera del Himalaya, a más de tres mil metros de altura, sobre un valle rodeado de montañas, entre las que destaca un pico, el más alto, llamado “La diosa desnuda”. No es un sitio demasiado confortable –los vientos lo azotan continuamente– y, en los últimos años, su única

ocupante ha sido Angu Ayah (May Hallatt), una especie de ama de llaves, anciana, algo descarada y poco hospitalaria, que echa de menos los tiempos de esplendor en que la casa era un harén.

Cuando el Viejo General (Esmond Knight) visita el palacio para avisar a Ayah de que llegarán unas *damas*, el ama de llaves se alegra imaginando que la casa volverá a llenarse de *mujeres*. Pero su alegría se esfuma al enterarse de que las nuevas inquilinas son monjas. “Esas que se arrodillan y rezan durante todo el día”, las describe despectivamente la anciana, quien no las cree capaces de abrir y sostener una escuela y un hospital que, por otra parte, nadie desea, según ella. Para la vieja ama de llaves las monjas son seres extraños. “¿Cómo sé yo lo que come una monja?”, pregunta contrariada... Es una locura transformar en convento un edificio que sirvió para albergar un harén y cuyas paredes están decoradas con escenas eróticas.

En contraste con la sensualidad que sugiere el palacio, aparece la figura silenciosa y mística de un santón, que habita muy cerca del edificio y que, sentado frente a las montañas, medita día y noche.

La responsable de la pequeña comunidad de Santa Fe –nombre que recibe la nueva fundación– es la hermana Clodagh (Deborah Kerr), quien al asumir el cargo se ha convertido en la superiora más joven de la Orden. La madre Dorothea (Nancy Roberts), superiora del convento de Calcuta del que sale la pequeña comunidad fundadora, elige a las compañeras de Clodagh: a la hermana Briony (Judith Furse) por su fuerza; a la hermana Philippa (Flora Robson) para que se ocupe del jardín; a la hermana Blanche (Jenny Laird) –a quien todos llaman hermana Miel– porque cae muy bien, cualidad muy necesaria cuando se va a un

lugar nuevo, y a la joven hermana Ruth (Kathleen Byron), que está enferma y que resulta muy conflictiva, porque cree que, aunque es y será un problema, estará mejor en una comunidad pequeña. La madre Dorothea no está de acuerdo con que la superiora general de la Orden haya nombrado a Clodagh superiora de Santa Fe, pues piensa que no está preparada y



Hermana Clodagh (Deborah Kerr)

que se encontrará muy sola. Y advierte a Clodagh que las hermanas no son fáciles de manejar. Le aconseja que le dé responsabilidades a la hermana Ruth, a quien le gusta *ser importante*, y que reparta con ella, si es capaz, su propia importancia. Le sugiere que haga trabajar a las hermanas, puesto que son una orden de trabajadoras, y le recuerda que la superiora es la servidora de todas.

Cuando las religiosas llegan a Mopu, encuentran una casa con necesidad de arreglos y un número muy elevado de alumnos y alumnas que no les permite tomarse tiempo para desembalar y acondicionar el edificio. Además, los lugareños no saben inglés y hablan una lengua que ellas no entienden. Afortunadamente, hay un niño llamado Joseph Anthony (Eddie Whaley Jr.) que les servirá de intérprete en las clases. Curiosamente, cuando Joseph Anthony llega a Santa Fe, se dirige a Clodagh llamándola “señora”, pero la vieja Angu Ayah le corrige: “No es una señora, es una hermana”.

Las monjas descubren, por otra parte, que la afluencia de alumnos y pacientes no es voluntaria, sino consecuencia de que el Viejo General paga a la gente por ir a Santa

Fe, algo que indigna profundamente a la hermana Ruth, pero que la hermana Blanche cree que pueden aprovechar para educarles.

El agente del Viejo General es un tal señor Dean (David Farrar), con quien las religiosas tendrán que tratar cualquier cuestión relacionada con la nueva fundación.



Señor Dean (David Farrar)

Dean no es hombre de buenos modales, viste de manera inusualmente informal y no le agrada la presencia de las monjas en el palacio. Les da la bienvenida en nombre del Viejo General, pero se muestra burlón con la “superioridad” de la superiora y le dice abiertamente que allí no hay sitio para un convento. Supone que las monjas son contemplativas, pero Clodagh le explica que pertenecen a una Orden menesterosa y que atenderán la clínica, la escuela para niños y las clases de niñas. Dean le recuerda a la superiora que la gente denomina al lugar “la casa de

las mujeres”, pero ella asegura que, desde ese momento, se llamará “la Casa de Santa Fe”. Descortés, pero sincero, el agente del Viejo General les da de tiempo hasta que lleguen las lluvias...

Los problemas no se hacen esperar. La hermana Briony entra una noche en el cuarto de Clodagh para decirle que la hermana Ruth está enferma. Las paredes del dormitorio están pintadas con escenas de harén que contrastan con el crucifijo y la Biblia que hay sobre la mesa. En el exterior suenan tambores, constantemente... Clodagh culpa del malestar de Ruth al viento que no deja de soplar. Briony cree que están todas muy cansadas y Clodagh lo achaca a la altitud del lugar. Briony expone la situación: cada vez hay más pacientes en la clínica, hay que cuidar la casa, hay que desembalar, las cañerías están rotas... Y propone que pidan ayuda al señor Dean, pero Clodagh se niega. También ella está enferma: tiene sarpullido, como todas. Piensa que es el agua, ya que los nativos están enfermos, sobre todo el hijo del Viejo General. Los tambores suenan por él. Si cesan, es que ha muerto...

Poner la casa a punto no es tarea fácil. Hay que arreglarla y acondicionarla a sus nuevas funciones. Los lugareños trabajan en el edificio, pero las religiosas desconfían de ellos, porque piensan que les pueden robar. El señor Dean, cuya colaboración en las obras no ha sido aceptada por Clodagh, entra en el despacho de la superiora y le habla de los nativos. Van a Santa Fe porque el general les paga, hasta que ir allí se convierta en un hábito. Según él, son como niños, pero no saben lo que significa obedecer, lo que contrasta con el valor que Clodagh da a la disciplina. Dean le advierte, además, de que no acepten en la clínica ningún caso grave o peligroso, ya que, si el enfermo muere, todo los nativos se pondrán en contra de las monjas. Creerán que es magia... Al interesarse por cómo están las monjas, Clodagh confiesa que no se encuentran muy bien de salud y que la hermana Ruth está enferma. Sin embargo, Ruth interrumpe la conversación. Tiene el hábito ensangrentado y el rostro perlado de sudor. He llegado a la clínica una mujer que se había cortado una arteria accidentalmente, el primer caso grave que atienden. Y Ruth ha logrado cortar la hemorragia. Clodagh le riñe porque debería haber acudido a la hermana Briony, que es la experta. Además, la monja tenía orden de quedarse en la cama y se justifica diciendo que quería ayudar... Finalmente,

Dean acompaña a Ruth a la puerta y le da las gracias por haber salvado a una de sus trabajadoras. Ruth se siente muy agradecida por el reconocimiento.

Una mañana el señor Dean llega temprano a la casa. Ruth le ve y se acerca a él con el pretexto de que va a tocar la campana. Cuando Clodagh los encuentra hablando, Ruth se va y Dean explica que trae consigo a una muchacha llamada Kanchi (Jean Simmons) para que se quede en Santa Fe. Es una joven muy atractiva. Tiene 17 años, es huérfana y ya estuvo casada. Se ha portado tan mal que nadie la quiere en matrimonio. Clodagh tampoco la quiere allí, pero Dean le pregunta si su trabajo como monja no es salvar almas. Finalmente, Clodagh la acepta. No saben muy bien qué harán con ella, pero deciden que la hermana Blanche la meta en su clase.



Hermana Ruth (Kathleen Byron)

Un día, mientras Ruth toca la campana, situada al borde de un impresionante precipicio, Clodagh observa que la hermana Philippa no reza. Va al huerto, a ver qué le pasa y Philippa, que está como ausente, le explica que antes solía olvidarse de todo en la capilla, que se sentía feliz y cerca de Dios, pero que ahora se acuerda de cosas del pasado, cosas que quería olvidar, cosas en las que no había vuelto a pensar desde que entró en la orden, hace muchos años... Ha perdido el interés y la motivación. Clodagh culpa al extraño ambiente y a la gente nueva del desconcierto de Philippa y le invita a rezar juntas y a trabajar hasta que esté tan cansada que no piense en otra cosa. Pero Philippa le enseña las manos, tan encallecidas que proclaman a gritos que ya no puede añadir más trabajo al que ya realiza.

Los recuerdos también acuden a la hermana Clodagh... En la capilla, orando junto al resto de la comunidad, recuerda su Irlanda natal y a su prometido, que tenía problemas económicos y que, aunque contaba con un amigo en los Estados Unidos, no podía irse a América porque, como primogénito, debía heredar y quedarse en Irlanda. Recuerda que a ella nunca se le había pasado por la cabeza irse de la tierra que vio nacer: quería estar allí toda su vida... Y su rostro se ilumina justo un instante antes de volver a la realidad.

Entre tanto, el hijo del Viejo General ha muerto, y hay otro Joven General (Sabu) que tiene mucho interés en estudiar en la escuela de las monjas. Se presenta en el palacio confuso por el nombre de la Orden. ¿Por qué se llaman Siervas de María? ¿Es porque la superiora se llama María? Le dice a Clodagh que quiere acudir a sus clases, pero ella le explica que solo pueden ir las chicas y los niños, porque en los conventos no se enseña a hombres. El Joven General no entiende nada, porque al fin y al cabo Jesucristo era un hombre. Sin embargo, Clodagh puntualiza que *tomó la forma* de un hombre... No obstante, el Joven General es aceptado en la escuela. Cuando se entera, el señor Dean le pregunta a Clodagh si no le preocupa que el Joven General estudie allí, con Kanchi en la casa, pero la monja le responde que, por un lado, no quiere ofender al Viejo General y, por otro, no cree que la muchacha se atreva a nada porque el Joven General es un príncipe y ella es... “lo que es”.

Lo que sí preocupa a Clodagh es que viva un santón dentro de los límites que el Viejo General les ha concedido, porque su presencia puede inducir a confusión. El aire puro, el viento que sopla constantemente, la montaña, el santón... alientan el

desconcierto. Además, la gente va a verlo, sube por el sendero de la casa y se sienta a mirarlas a ellas... Dean le recuerda que el santón estaba allí antes de que las monjas llegaran a Mopu y le explica que, además, es tío del Viejo General, por lo que este no le echará de donde está. Era un militar del ejército británico y un hombre muy culto. Ahora no habla nunca. Nadie sabe cuándo come o duerme. Muchos peregrinan para verle. Clodagh no sabe qué hacer. Y Dean le pregunta qué hubiera hecho Cristo.



Kanchi (Jean Simmons)

El Joven General se incorpora a las clases. Kanchi lo observa tras el biombo que separa a las muchachas de los niños. El joven saca un pañuelo para quitarse el sudor y tanto la chica como la hermana Ruth huelen el perfume que exhala. Se llama “Narciso negro” y proviene de Londres.

A la hora de la comida, las hermanas hablan del precioso atavío que luce el Joven General: los trajes, los encajes, las joyas, los hermosos estampados... Y Clodagh

recuerda cuando su abuela le enseñó el collar de esmeraldas que le regalaría cuando se casase, y el silbido de su novio, que le avisaba de que había llegado, y cómo toda la familia esperaba que se prometieran pronto... Las monjas hablan también del perfume del pañuelo del joven, del “Narciso negro”, y Ruth decide que será así como llamará al Joven General, por lo vanidoso que es.

Llega la Navidad y las monjas están cantando villancicos en la capilla. Se les unen el Joven General y el señor Dean, que canta a pleno pulmón. Clodagh se acuerda de otra Navidad, cuando su novio le regaló un broche... Al salir de la capilla, el Joven General le felicita a Clodagh por el cumpleaños de Cristo y le confiesa que está muy interesado en Él, pero ella le explica que no suelen hablar de Jesucristo “así de sencillo”. Sin embargo, Dean, que está borracho, le dice que deberían hablar de Cristo con sencillez, “porque es sencillo, tan sencillo como el pan de cada día”. Clodagh, ofendida por la embriaguez del hombre, le riñe por su grosería y su atrevimiento, y le pide que no vuelva más. Dean se aleja cantando:

“No seré una monja,  
no puedo ser una monja.  
Me gusta tanto el placer  
que no podría ser una monja”.

La hermana Ruth ha escuchado con atención toda la conversación.

Clodagh está preocupada por ella y la llama un día al despacho. El viento sopla incesantemente. Ruth parece enferma y ha adelgazado mucho, pero no quiere ir al médico. Es solo que no duerme bien. Cuando Clodagh le pregunta por qué, ella responde que está preocupada por algo de lo que no puede hablar con nadie, ni siquiera con Clodagh, porque sabe que ninguna de las hermanas quería ella fuera a Santa Fe. La superiora, sin embargo, aborda la cuestión abiertamente: cree que Ruth piensa demasiado en el señor Dean, un hombre que además no es bueno, pero la joven hermana no solo lo niega, sino que le devuelve la acusación: es Clodagh quien se siente atraída por él. Clodagh cree que Ruth no está en su sano juicio. No sabe qué hacer con ella y le



invita a escribir a la Madre General. Ruth le dice que lo hará, pero le pregunta, sarcástica, si ha de hacerlo inmediatamente o si puede esperar a acabar la clase que estaba dando. Clodagh no responde y la deja marchar.

Llega la primavera. Todo está florecido. Joseph Anthony, el niño intérprete, llega con un paquete y Ruth se lo quita sin que nadie lo sepa, porque es un pedido que ha hecho ella. La hermana Briony y la hermana Blanche, por su parte preparan objetos litúrgicos y descubren que ha desaparecido la cadena de un incensario de bronce... Poco después, la vieja Angu Ayah azota públicamente a Kanchi por robar la cadena. El Joven General las ve y le pregunta qué sucede a



La hermana Clodagh en la campana de Santa Fe

la anciana, quien tacha a la muchacha de ladrona y le da el látigo al joven para que acabe la faena y empiece “a ser un hombre”. El Joven General lo tira al suelo, le pide a Kanchi que se levante y le regala el collar que lleva puesto. Kanchi se abraza a él.

Mientras tanto, Clodagh descubre que Philippa no plantó verduras y hortalizas cuando llegaron, tal como se había decidido, sino flores, y le pide explicaciones. La hermana jardinera pide ser trasladada inmediatamente porque le está gustando “demasiado” ese lugar. Confiesa que vivía demasiado envuelta en el trabajo, que se ha olvidado de quién es y que está perdiendo el espíritu de la Orden. Clodagh cree que, precisamente porque se ha dado cuenta de todo eso, es el momento de quedarse, pero Philippa no se atreve. Piensa que solo hay dos formas de vivir en Mopu, o como el señor Dean o como el santón, es decir, o ignorando o renunciando, dos opciones que, según Clodagh, no son válidas para ellas. Ya están allí y de nada sirve irse. Es más, piensa que si Philippa pide el traslado, será un paso en su contra dentro de la Orden, pero la hermana cree que es lo mejor para ella, porque lo necesita.

Un día, Blanche llama, asustada, a la vieja Angu Ayah para que le sirva de intérprete. Ha llegado a la clínica una mujer con su bebé, que tiene mucha fiebre desde hace tres días. La hermana Briony lo examina, se da cuenta de la gravedad de su estado y, sin darle nada, le dice a la madre que lo deje dormir. No se atreve a tratarlo y Blanche no lo entiende, porque está convencida de que algo podrán hacer. Las dos monjas discuten. Blanche culpa a la hermana enfermera de inhibirse por seguir el consejo del señor Dean sobre que no atendieran casos graves, y Briony, que afirma saber bien lo que hace, tacha a Blanche de histérica. Briony sabe que el niño va a morir y que lo mejor es que lo haga entre su gente.

Poco después, las aulas de Santa Fe están vacías. La hermana Miel y Ruth le le piden a Joseph Anthony que vaya a buscar los niños y muchachas que acuden habitualmente a la escuela, pero él se niega. El bebé que tenía fiebre ha muerto y culpan de ello a la hermana Miel. Las monjas descubren enseguida que se han ido todos, incluida Kanchi. Se han quedado solas en la casa, con Joseph Anthony y Angu Ayah. Blanche llora mientras se culpa de la situación. Confiesa que no podía soportar la idea de que el bebé muriera y que le dio a su madre algo para que lo tomara el niño. Clodagh está convencida de que el Joven General les ayudará, pero Angu Ayah le cuenta que ha

huido con Kanchi. No hay forma de mandar recado a nadie, porque la vieja ama de llaves no quiere ir al pueblo y les advierte, además, que si envían a Joseph Anthony, no



La hermana Clodagh, la hermana Ruth y el señor Dean

le dejarán volver. Más allá del jardín, todo se ha vuelto peligroso para ellas. Finalmente, a Clodagh se le ocurre tocar la campana, para que el señor Dean suba al palacio.

Él entiende la llamada y acude, porque sabe lo que ha pasado. Al llegar, les cuenta que un agente británico anterior fue asesinado por matar accidentalmente a un niño. Él ha bebido públicamente lo que la hermana Blanche le dio al bebé –aceite de castor– para demostrar que no era veneno, pero aun así la situación es

muy seria y les aconseja que no traspasen los límites del jardín y que actúen como si nada hubiera ocurrido. El viento no deja de soplar.

Al anochecer, Ruth está en el aula, sola, con la mirada perdida. Joseph Anthony le lleva un vaso de leche por encargo de Clodagh. Ruth la rechaza derramándola por la ventana. Y al hacerlo ve que el señor Dean y Clodagh están hablando abajo y sale corriendo de la casa, como enloquecida, para espiarlos de cerca. Cuando llega junto a ellos, Clodagh le está preguntando a Dean si ha notado cambios en las monjas desde que se instalaron en Santa Fe y él responde que la ve cambiada a ella: ahora es más amable, más humana. Entonces, Clodagh le cuenta que, de joven, se enamoró de un hombre con el que creció en Irlanda, que todos pensaban que se casarían, pero que él era ambicioso y pensaba irse a América... sin ella. En aquel rincón de Irlanda y habiendo demostrado públicamente que lo amaba, Clodagh tuvo que marcharse enseguida.

En realidad, ingresó en la Orden por eso. “Fue una extraña forma de ingresar”, confiesa, “pero Dios hace las cosas de forma extraña”. En la Orden encontró trabajo y una vida entera por delante y “nadie desde fuera puede saber lo que eso significa”. Clodagh se había olvidado de todo, hasta que llegó a Mopu. Hacía muchos años que no pensaba en su novio, pero ahora siente que vuelve a los tiempos en que lo amó, casi de niños. Su recuerdo está en todos los lados, especialmente cuando ve al Joven General. Clodagh ha descubierto que vivía como soñando, pero ha despertado y vuelve a caer en la tristeza, en la amargura. En la lucha.

Dean trata de animarle, sin éxito. La monja le cuenta que Philippa se va y que ha sabido por una carta de la Superiora General que Ruth no ha renovado sus votos y, por tanto, abandona la Orden. Reconoce que, desde que llegaron, Dean ha sido el único en quien ha podido confiar. Y repasa sus “fracasos”: ha tenido que aceptar en la clase al Joven General, no ha podido echar al santón de las tierras de Santa Fe... y no ha conseguido que el viento deje de soplar ni que el aire sea tan puro, ni que se esconda la montaña... Dean le aconseja que se vayan rápidamente, que huyan, por sensatez, pero Clodagh no quiere abandonar el trabajo, tal como hicieron los religiosos que las precedieron... Sin embargo, Dean insiste: aquel no es sitio para un convento, hay algo en el aire que hace que las cosas se transformen. Deben irse antes de que ocurra algo.

Ruth les escucha con gesto inquietante y ojos enloquecidos.

Ya es noche cerrada. Los nativos tocan los tambores en torno al fuego. El viento agita las cortinas de Santa Fe. Clodagh hace una ronda por la casa. Oye a las hermanas en sus dormitorios: Philippa reza, Blanche llora y Briony ronca. Ve luz en la habitación de Ruth, y llama a la puerta. Ruth apaga inmediatamente la luz y Clodagh intenta entrar, pero no puede, porque una silla lo impide. Al final, lo consigue y encuentra a Ruth sin hábito, vestida con la ropa que le llegó por correo y maquillada. Ruth se jacta de que, como ha dejado la Orden, la superiora ya no tiene poder sobre ella, pero Clodagh no quiere que haga algo de lo que se pueda arrepentir. Le propone acompañar a Philippa a otro destino, dentro de unos días, pero Ruth interpreta como un gesto de que quiere librarse de ella, como todas. Tras sostenerse ambas la mirada, Clodagh lo niega y le pregunta por qué piensa algo así. Ruth responde que todas sienten celos de ella... Clodagh le pide que no se vaya hasta el día siguiente. Se quedará con ella toda la noche. Las horas transcurren bajo la “mirada” de las sensuales mujeres de las pinturas murales de la habitación. Clodagh acaba durmiéndose y Ruth sale corriendo de la casa.



Ruth y Clodagh

Cuando Clodagh despierta, llama a la vieja Angu Ayah. Al oír sus gritos, todas se levantan, aunque aún es de noche. La superiora les cuenta lo sucedido. Cree que Ruth se ha vuelto

loca por su culpa y teme por su vida, pero la anciana piensa que, si se suicida porque está loca, carece de importancia. Todas buscan a Ruth mientras el ama de llaves se burla de ellas. Van incluso adonde el santón y Clodagh le pide a Joseph Anthony que le pregunte si ha visto a Ruth, pero el niño explica que no puede hacerlo porque, para ese hombre, que la hermana corra peligro no significa nada.

Ruth atraviesa el bosque, a oscuras, llega hasta la casa del señor Dean y entra, con el rostro sudoroso, febril... La sala está vacía, pero cuando llega Dean, ella le explica, muy sonriente, que no podía soportar más y que ha dejado la Orden. Dean le sugiere que se aloje esa noche en el balneario del pueblo y se ofrece a buscar caballos, a la mañana siguiente, para llevarla a la ciudad. Ruth le declara abiertamente su amor, pero él la rechaza. Quiere acompañarla de nuevo a Santa Fe. Está seguro de que Clodagh es amiga de Ruth y de que desea ayudarla, pero Ruth “sabe” que todos la odian. Todos, menos él, el único que ha sido amable con ella. Dean descubre que ella recuerda los brevísimos y escasos encuentros que han tenido como signos de afecto. Piensa que se han vuelto todas locas desde que llegaron y no quiere verse involucrado, por lo que insiste en que Ruth vuelva con Clodagh, porque ella la trajo y, además, la comprende. Ruth deja salir sus celos: lo que sucede es que Dean ama a Clodagh... Pero él afirma claramente que no quiere a ninguna. Ella se desmaya y, cuando recupera el conocimiento, Dean le deja claro que no la acompañará en su huida. Es más, piensa que, por la mañana, ella se dará cuenta de las tonterías que ha hecho. Y Ruth se va.

Empieza a amanecer, y Clodagh sigue esperando en la ventana. Los ojos de Ruth llenan la pantalla. Está despeinada y su rostro muestra unas oscuras ojeras. Clodagh, que no sabe que la hermana ha vuelto, va a la capilla a rezar. Tiene el hábito manchado, por la búsqueda, y se deja caer en un reclinatorio. El viento suena incesantemente. Oye



un ruido extraño –es Ruth, que ha subido por una escalera–, pero no ve a nadie. Va a lavarse la cara a una fuente que hay bajo la escalera y, luego, sale del edificio. Ha amanecido y va a tocar la campana, que está al borde del precipicio.

Ruth abre la puerta y sale. Clodagh reza mientras toca la campana... y Ruth avanza hacia ella, sin que se dé cuenta, y la empuja al vacío. Clodagh queda colgando, agarrada a la cuerda de la campana, y Ruth hace lo posible para que se suelte. Forcejean y Clodagh consigue subir los pies al suelo, pero Ruth pierde el equilibrio y cae.



Ruth

En la siguiente escena, están cargando los caballos. La hermana Philippa pone flores en un crucifijo, mientras llora. El Joven General ha ido al palacio para despedir a las monjas. Le dice a Clodagh que siente lo de Ruth, al tiempo que se disculpa por no haber ido a Santa Fe durante un tiempo. La monja está algo fría con él. El muchacho le explica que no quiere volver a equivocarse, que va a dejar de ser listo y famoso y que será como sus antepasados: guerreros, valientes, amables... Quiere decirle lo que ha hecho, respecto a Kanchi, pero no lo hace directamente: va a contarle el cuento del príncipe y la doncella...

Finalmente, las monjas ya están en el camino y Clodagh mira el palacio, erguido en lo alto del precipicio. La niebla lo va ocultando. Dean la alcanza y se despide. Clodagh le recuerda que él les había dado como plazo la estación de las lluvias, y que aún no han llegado. Dean le pregunta qué hará la Orden con ella y Clodagh responde que irá a otro convento, con menos responsabilidades: dejará de ser superiora: “Es lo que necesito. No se puede cambiar en un minuto. Tendré a mis fantasmas para recordármelo”. Dean reconoce que también se queda con fantasmas. Clodagh le pide que cuide de la tumba de Ruth, y él se compromete a hacerlo. La monja le tiende la mano, para despedirse, pero él no se la estrecha: se la coge con ambas manos. Y empieza a llover.

Dean las ve marchar bajo la lluvia...

### **Narciso Negro: *la historia de un fracaso***

Por lo que respecta al contexto institucional, la comunidad de Santa Fe pertenece a la Orden de las Siervas de María, de cuyo convento de Calcuta salen las religiosas fundadoras de la casa de Mopu. Se trata de una Orden calificada por ellas mismas como “menesterosa”. Menesteroso, en castellano, significa “falto, necesitado, que carece de una cosa o de muchas”. Puede deducirse, por tanto, que se trata de una Orden que tiene necesidad de trabajar para vivir. No obstante, da la impresión de que las religiosas han hecho de la necesidad virtud y de que el trabajo, más que un medio para sobrevivir materialmente, se ha convertido no solo en una señal de identidad, sino en una especie de herramienta ascética, de camino de perfección espiritual. Trabajar hasta la extenuación parece la mejor forma de prevenir y superar las crisis personales y comunitarias.

Es, además, una Orden en la que sus miembros renuevan los votos anualmente. Parece que ser que este dato no pertenece a la novela de Rumer Gorden en la que la película se inspiró, sino que fue “añadida” por los guionistas/directores del film para evitar los problemas morales que suponía que la hermana Ruth se enamorara tan irracionalmente del señor Dean. De nuevo, esta “necesidad de guión” es interpretada por las propias religiosas como virtud. La libertad para irse o quedarse, cada año, es una de las mayores glorias de la orden, y su mayor fortaleza.

En cuanto a la estructura interna de la comunidad y de la institución en la que está inserta, es piramidal. Las religiosas de Mopu están bajo la autoridad de su superiora, la hermana Clodagh, y esta, a su vez, depende de otras superioras mayores, hasta llegar a la Superiora General de la Orden, con la que cualquier religiosa puede ponerse en contacto sin que las superioras intermedias tengan conocimiento de ello necesariamente.

Un contexto institucional más amplio, sin duda, lo constituye la Iglesia Católica, a la que pertenece la Orden y sus miembros, pero lo cierto es que *brilla* por su ausencia. Aparte de las religiosas, no hay ninguna otra presencia eclesial institucional, ni patente ni latente: ni sacerdote que atienda a la comunidad, ni obispo al que rendir cuentas de lo que sucede... Ni siquiera laicos cristianos “activos” como tales. Las monjas de Santa Fe son un grupo de cristianas que están solas y prácticamente aisladas.



La ausencia de clérigos, lógicamente, supone ausencia de sacramentos. Resulta bastante inverosímil la existencia, en tiempos preconciarios, de una comunidad religiosa sin acceso a la vida sacramental; una vida sacramental, por otra parte, que no se menciona ni siquiera para echarla de menos.

La película muestra momentos en los que las religiosas se reúnen para rezar en la capilla, pero no juntas. Da la impresión de que rezan individualmente, aunque en el mismo recinto. La única escena de oración comunitaria es aquella en la que cantan villancicos juntas el día de Navidad. Se deduce, por otro lado, que también dedican un tiempo a la oración individual en privado: la hermana Clodagh lee libros devotos, o quizá la Biblia, y algunas rezan para superar sus crisis interiores. En cualquier caso, no son un grupo de contemplativas ni consideran la meditación como tarea fundamental. Su seña de identidad es el trabajo.

Las cinco hermanas de la Orden de las Siervas de María son requeridas por el Viejo General para crear y atender una escuela y una clínica. En ningún momento se insinúa que la misión de las monjas en Mopu tenga ninguna intención evangelizadora. La fundación no será un reto sencillo: el lugar está lejos y muy aislado, la comunidad es pequeña para el trabajo que les espera, la superiora, joven e inexperta, y una de las hermanas, complicada.

Cuando llegan a Mopu, se encuentran con algunos problemas “prácticos”, como las insolencias de Angu Ayah, la cabezonería del Joven General, empeñado en acudir a clase, el extraño comportamiento de la descarriada Kanchi y la turbadora presencia del señor Dean, que representa, en la misma medida, un apoyo y un obstáculo. Pero, en general, las tareas para las que se hizo la fundación acaban funcionando con normalidad, hasta que las culpan de la muerte del bebé. No obstante y pese a ello,

permanecen en Mopu, confiadas en que las aguas volverán *solas* a su cauce con el tiempo.

Su relación con los lugareños es, cuanto menos, fría. No se esfuerzan demasiado en comprender cómo viven las gentes del lugar, ni en aprender su idioma, ni en entender su forma de pensar y ver la vida. Les molesta la presencia del santón dentro de los límites del convento. Tienen, como el señor Dean, una mentalidad colonial respecto a los nativos, a lo que consideran como niños. En algún momento, la hermana Ruth llega a decir que le parecen todo “iguales”.

Por otro lado, no hay que olvidar el entorno físico, que funciona casi como un personaje más, quizá uno de los más importantes... Se ha dicho que *Narciso Negro* es un



film que despierta y altera los sentidos; que retrata una atmósfera extraña, donde la naturaleza y las fuerzas que desencadena luchan contra la razón y la vencen, ya que cuando hacen acto de presencia los deseos innatos al ser humano, solo cabe la aceptación. Sin duda, para las monjas, el ambiente es desconocido y hostil: el viento, la altura y la pureza del aire les afectan física y espiritualmente; el omnipresente palacio donde se ubica el convento, antes harén, es un recordatorio

constante de que no son unas damas, tal como afirma Angu Ayah, de que son menos mujeres que las demás; los lugareños, representados sobre todo por la vieja ama de llaves, sienten prejuicios ante las religiosas, pero ellas tampoco se esfuerzan en entender a los habitantes del lugar, y Dean, el único europeo con el que se relacionan, no las cree capaces de permanecer allí mucho tiempo. Todo parece confabular para que Santa Fe no tenga futuro.

En cuanto a cada personaje en particular, empezando por los más secundarios, creo que se puede afirmar que Blanche y Briony son las religiosas más planas del film, quizá porque resultan más inmunes que sus hermanas a los efectos del ambiente. Briony, que fue elegida por su fuerza para formar parte de la comunidad fundadora, es quizá la única que consigue mantenerse en paz consigo misma y con los demás, como sugieren sus ronquidos nocturnos, mientras sus hermanas permanecen en vela por uno y otro motivo, pero su fortaleza no alcanza al grupo. Da la impresión de que es, además, la que más y mejor entiende qué hacen allí y, por tanto, los límites que no pueden traspasar. En cuanto a Blanche, la alegre hermana Miel, escogida para la fundación porque alguien así siempre viene bien en un lugar extraño, es curiosamente la causante del mayor conflicto con los nativos. Blanche acaba siendo víctima de su propia dulzura, que en Mopu se parece mucho a debilidad y se acaba convirtiendo en imprudencia cuando, incapaz de asumir que el bebé enfermo va a morir, actúa por su cuenta sin pensar en las consecuencias.

La hermana Philippa, sin embargo, sí se ve afectada por el ambiente. No explica exactamente qué es lo que le perturba, pero confiesa, como si fuera un pecado, que el lugar le gusta “demasiado”, que le ha hecho perder la paz y le ha despertado el recuerdo de cosas en las que no quería pensar. La vida religiosa, que había adormecido su memoria, ya no le sirve para olvidar. Ha despertado y, por lo visto, no se lo puede

permitir. La única solución es huir. Da la impresión de que desea volver a dormir, volver a olvidar...

Clodagh expresa en varias ocasiones el desasosiego que le causa el entorno, al que culpa de verse invadida por los recuerdos de su amor de juventud, cuyo fracaso le llevó a la vida religiosa. Pero, a diferencia de Philippa, ella no quiere huir. No rechaza los recuerdos, aunque le turban, pero asume su *obligación*. Su relato de por qué ingresó en la Orden, donde encontró “trabajo y una vida por delante” no esconde que también le proporcionó olvido...

La hermana Ruth, sin embargo, no parece tan afectada por el entorno físico como por la presencia del señor Dean, quien sin querer pone a prueba su estabilidad emocional. Ruth, apasionada y compleja, no entiende ni aprecia a los nativos, enferma enseguida y se siente cada vez más atraída por el agente británico. Su relación con Clodagh, ya difícil, se complica al ver en ella a una rival. Acaba consumida de amor y de celos, aunque su evolución no está provocada por el ambiente, sino por su propio mundo interior, cercano a la locura. Su dramático final es el símbolo de su fracaso.



Ruth

El protagonismo que Clodagh y Ruth comparten con el señor Dean ha dado lugar a pensar que se trata del típico triángulo amoroso en el que dos mujeres luchan por el amor de un

hombre. Pero creo que no es este el caso de *Narciso Negro*. Él es un personaje turbador para las dos mujeres, pero por distintos motivos. Para Ruth, porque despierta su deseo y, con él, su locura. Para Clodagh, a la que sobre todo al principio irrita constantemente con sus modales, porque con sus preguntas y comentarios, que obligan a la monja a una continua confrontación, consigue poner de relieve la rigidez de Clodagh y su falta de caridad evangélica. En este sentido, el papel del Joven General también es importante, ya que en sus diálogos con Clodagh evidencia las carencias del tipo de cristianismo y de la imagen de Dios que ella transmite. En cuanto a Dean, expresa claramente que no ama a ninguna de las dos mujeres.

Aunque aparentemente ajena a la historia principal, está la relación entre Kanchi y el Joven General, dos personajes pertenecientes a clases muy diferentes y que, contra todo pronóstico, acaban unidos por el amor. En principio, da la impresión de que es una trama ajena a todo lo que está sucediendo en Santa Fe, pero quizá no lo sea. Porque ¿no es llamativo que la película se titule *Narciso Negro*? Es preciso recordar que Ruth dice en una escena que le llamará Narciso Negro al Joven General, por lo vanidoso que es. Parece, por tanto, que el título hace mención a la vanidad, pero ¿de quién?

Al final, las monjas abandonan. No a causa del rechazo de la gente, ni por hacer mal su trabajo, ni por no renovar sus votos anuales, como temía el Viejo General, sino porque, en el fondo, han fracasado como religiosas. Blanche, por creer que podía cambiar la muerte en vida. Briony, porque guarda para sí su fortaleza. Philippa, porque quiere mantener la paz interior huyendo, olvidando. Ruth, porque se deja consumir por sus deseos. Clodagh, porque se aferra a las normas y a las costumbres para no alterar lo programado, porque no tolera las debilidades de los demás, porque clasifica a la gente



por su origen, porque manifiesta a un Dios distante, del que además no se habla, porque piensa que el trabajo extenuante las salvará de sí mismas, porque cree que el cumplimiento del deber, por sí mismo, puede dar sentido a la vida...

El palacio de Mopu, tan poco apto para convento, se convierte en el escenario donde todas acaban descubriendo que son mujeres, mujeres de carne y hueso cuyo gran



error ha sido esconder sus sentimientos, olvidar sus pasados, sepultar sus conflictos internos y externos bajo el trabajo extenuante, construir su identidad como religiosas sobre cimientos de amnesia, de distancia afectiva y de un sentido del deber anestésico, una identidad que, cuando se pone a prueba, sucumbe como la hierba alta al viento.

*Angelina Magnani*